|  |
| --- |
| **Identidad e Identidades: respuestas desde América Latina** |

**Carlos Paladines, Noviembre 2019**

**Fundación Alianza Estratégica**

**El escenario contemporáneo**

Iniciaré esta exposición resaltando que pocos conceptos han ocupado tanto la atención de la filosofía a lo largo de la historia de Occidente como el de <<*identidad*>>; universo discursivo que encierra innumerables interpretaciones y ha dado pie al uso y abuso de autores y escuelas que si bien han enriquecido su estudio también ha tornado su delimitación en tarea titánica al interior de una especie de torre de Babel. Más de un autor ha señalado que identidad es una categoría carente de rigor científico, polisémica, sin aplicabilidad, un simple recurso retórico que no aclara nada, especie de entelequia construida para legitimar los juegos del poder. A nivel latinoamericano sea suficiente recordar al maestro mexicano (González Casanova, 1952) para quien la indagación sobre la identidad de cualquier persona, país o cultura es tan ilusoria como *“buscar un mirlo blanco*”, ave que destaca porque su plumaje es negro y su pico amarillo anaranjado.

Los cuestionamientos al discurso identitario moderno y la minusvaloración del mismo se agudizaron, en Europa. en las primeras décadas del s. XX por efecto de la sostenida batalla que desde el frente alemán: Nietzsche, Heidegger, Gadamer…desde el frente francés: Derrida, Deleuze, Foucault**,** Lyotard, Tournier, Blanchot… como desde el frente inglés: Wittgenstein, Russell, Palmer... generó un clima filosófico de desconfianza a todos los meta relatos, en especial al identitario, por no orientarse este tipo de discurso hacia la invención y el descubrimiento del <<otro>>, de la “otredad,” lo radicalmente diferente y nuevo.

En el caso de Wittgenstein, una sutil deriva, removió aún más el piso con conocidos apotegmas como: *“de* *lo que no se puede hablar hay que callar” (…) todavía no habríamos dado con el análisis lógico correcto de lo que queremos decir con nuestras expresiones éticas y religiosas –*también se podría afirmar lo mismo sobre las expresiones artísticas, literarias o poéticas*– (…) La ética,–la Identidad– en la medida en que surge del deseo de decir algo sobre el sentido último de la vida, sobre lo absolutamente bueno, lo absolutamente valioso, no puede ser una ciencia. (…) Pero es un testimonio de una tendencia del espíritu humano que yo personalmente no puedo sino respetar profundamente y que por nada del mundo ridiculizaría.[[1]](#endnote-1)*

Cubrió de este modo al universo académico el <<diferencialismo>> (Vattimo Gianni, 1990:117-130), de tanta utilidad para deshacer el discurso unitario y hegemónico moderno en su pretensión de incluir, jerarquizar, ordenar y someter en nombre del conocimiento verdadero o científico a todos los discursos. Se impuso así, una vez más, un discurso identitario de corte canónico, en el que las posiciones diferentes eran consideradas como desviaciones, como formas disminuidas no plenamente válidas. Un modelo único con claros parámetros en todos los ámbitos, desde el estético, pasando por el epistemológico y el económico o el político se intentó imponer en todo el planeta.

En fin, para salvarse del imperialismo del discurso identitario moderno –*identidad sin diferencias–*se pasó al otro extremo: al rescate de las diferencias, irreductibles entre una persona y otra o entre un grupo y otro; se entronizó así la alteridad o la heterogeneidad personal o social con carácter innegociable y así se suspendió el diálogo, mediación ésta que presupone un nivel más alto que incluye y excluye, y a su vez conduce a la <<superación>> de las diferencias, a la conservación y acumulación del conocimiento como al rescate de la herencia y tradición cultural de las personas y de los pueblos.

En este clima filosófico posmoderno, insensible a la problemática de la identidad, se reforzó la tendencia hacia el positivismo y la discontinuidad y se sub valoró la necesidad de integrar la realidad y los discursos a niveles omnicomprensivos. La irrepetible existencia de lo singular volcó la atención a favor de la investigación empírica y hacia los “pequeños discursos discontinuos y marginales,” ya que ellos sí permitirían rescatar las diferencias. En pocas palabras, el paradigma posmoderno abrió las puertas al desquiciamiento de las bases de la modernidad y a la fragmentación contemporánea con lo que se debilitó la defensa de lo propio, especialmente en un mercado cada vez más global y estandarizado.

Sin embargo, no han faltado especialmente en América Latina y en otras latitudes quienes, a pesar de estas dudas y cuestionamientos, juzgan que esa ave: el mirlo blanco existe y por excepcional que sea no deja de seducir y ser considerado clave para dilucidar y enfrentar en el actual escenario mundial los procesos de globalización que amenazan con arrojar más males que bienes a la mayoría de nuestras poblaciones.[[2]](#footnote-1)

En pocas palabras, no hay tema tan extenso y complejo como el de la (I/I), que lo venimos arrastrando los pueblos en general y los hispanoamericanos en particular, desde nuestros propios orígenes hasta el presente, en ocasiones de modo profundamente conflictivo (Roig Arturo, 2001:41). Además, en el caso latinoamericano, con marcada propensión a considerar más la dimensión colectiva de la identidad –identidad nacional–que la individual o personal –identidad subjetiva–, en que el pensamiento europeo ha sabido concentrar más su atención, al menos en los últimos tiempos.

A nivel latinoamericano, un ejemplo elocuente se puede apreciar en los trabajos por construir una *Ontología Amerindia*, [[3]](#endnote-2) alguna de cuyas derivaciones no se presentan como una propuesta superior a la ontología ancestral u Occidental, como aquello que obliga a escoger lo uno o lo otro, lo que supondría caer en un nuevo dogmatismo, sino más bien como las ontologías de otros pueblos, –Inca, Maya, Azteca, Amazónicos…–, que logran expresar de mejor manera las necesidades y perspectivas, la visión del espacio y el tiempo, de las personas y de la naturaleza, de lo uno y lo múltiple, de lo trascendente y lo perecedero… aspectos estos y otros más que una vez explorados podrían conformar una ontología con igual o similar derecho a las formuladas en otros lares y tiempos y que podría contribuir al debate sobre la interculturalidad a que estamos confrontados en la actualidad todos los pueblos, debate tan necesario hoy si no se quiere terminar en discusiones que transforman en folclor aspectos importantes y comunes a los diferentes pueblos, y “olvidan” escapar del relativismo y hasta del esencialismo y “nacionalismos que salen al paso en cada esquina. Desde autores representativos de la corriente del Pos-colonialismo tampoco han faltado referencias ya sea a favor como en contra de la problemática identitaria.

Con justa razón, parafraseando a Rodolfo Agoglia, se podría afirmar que la identidad:

*No es un “tema” más o menos delimitado, sino, con mayor precisión y rigor, un auténtico “problema”, que exige –por su polifacética connotación– incursiones en profundidad no solo de la filosofía, sino también de la historia, de la antropología, de la sociología, de la psicología, en suma, de todas las ciencias hoy denominadas “del hombre”.* [[4]](#endnote-3)

Por otro lado, tomando en cuenta la diversidad de temas que envuelven a esta problemática, las opuestas posiciones a que está sometida su indagación, podría pensarse que la salida del laberinto depende de una definición de identidad que por su precisa delimitación conceptual o formal nos libere de toda sospecha teórica y de connotaciones ambiguas o equívocas en que el uso general y el lenguaje cotidiano suelen caer. Ahora bien, las definiciones formales o de diccionario tampoco dan la riqueza de un término. Se requerirá junto a la aclaración formal construir una red conceptual, una perspectiva analítica y a su vez sintética, en pocas palabras una <<*teoría de la identidad*>>[[5]](#endnote-4) que de cuenta de la complejidad de esta categoría, que despliegue sus principales presupuestos y exigencias, que revele las más importantes etapas de su desarrollo, que con el andar del tiempo se fraguaron, como también los actores que participaron y las mediaciones incluso institucionales, lo cual permitiría precisar su sentido y alcance; en fin, una teoría sobre la identidad respaldada tanto por examen racional e histórico como por las prácticas y los discursos sobre la misma que desde los estudios de la antropología, la epistemología, la arqueología… no han faltado.

En fin, el universo discursivo sobre la identidad no tiene una sola llave ni un solo número para abrir su caja fuerte sino más bien una combinación de tiempos, números y claves. Por eso, junto a la aclaración formal y etimológica se requerirá ofrecer otras perspectivas, como la histórica que permite reconocer los materiales, los niveles, los actores y los discursos que se han desplazado a lo largo de los siglos para esclarecer las mediaciones que concurrieron a la construcción de la identidad e identidades.[[6]](#footnote-2) La revisión histórica sopesar coadyuva a sacar las consecuencias pertinentes.

**La perspectiva histórica[[7]](#footnote-3)**

Por lo expuesto, en un primer momento se insistirá en el marco teórico e histórico de importantes discursos que se formularon sobre el tema en cuestión, una especie de arqueología o historia de los discursos sobre la identidad en determinadas épocas o estratos, mostrando que ese universo discursivo está poblado por galaxias y astros con aspectos en común y con diferencias como acontece con los planos de una casa o los mapas y cartografías que aportan no al excluirse sino al sobreponerse e integrarse desde su especialidad a la construcción del conjunto del edificio. Se trata de un tipo de acercamiento o enfoque sin el cual no se podría recatar una herencia que se ha transformando en *legado cultural* de milenaria vigencia. (Tügendhat Ernst, 1984). En pocas palabras, para su mayor esclarecimiento se recurrirá a connotadas formulaciones y reformulaciones del universo discursivo identitiario que, a lo largo de la historia de la filosofía, nunca han faltado y dan testimonio de la dinamia de esta categoría que siempre se hizo presente a través de la rica variedad de sus diversas ramas y frutos.

Por otra parte, el universo discursivo sobre la identidad no ha transcurrido ni en línea recta o ascendente, ni solo bajo el vigor y las orientaciones de una sola corriente. Se ha desplegado en medio de avances y retrocesos, de contratiempos, en zigzag. No se puede atribuir su evolución solo a impulsos “positivos”, junto a ellos también se han articulado, al mismo tiempo, los contratiempos y las voces de los excluidos. La problemática de la identidad como toda moneda devela un doble rostro, una doble cara y transita por vías con varios carriles, con fuerzas de ida y de vuelta, endógenas y exógenas lo que vuelve aún más fascinante su investigación. Los proyectos sobre la (I/I) se levantaron sobre diversas prácticas y justificaciones o razonamientos que resultaron convincentes y cargados de razón para muchos. Ha sido con razones y argumentos, con el reconocimiento de fuerzas y actores de inclusión como de exclusión que se ha construido el edificio identitario en cada una de sus fases de expansión.

Además, no hay que “olvidar” que, en tiempos y en escenarios proclives a prescindir del pasado, la orientación tanto hacia el reconocimiento y la valoración de lo propio, así como las acciones de solidaridad e indignación ante las injusticias del sistema vigente, ante la corrupción e impunidad… hoy, parafraseando a un decano de esta Universidad, parece no tener futuro “*una cultura de rescate de nuestro pasado”(…)”Al Ecuador le hacen falta investigadores que puedan entregar mayores y mejores aportes para el conocimiento de nuestro pasado y para sancionar a los responsables de las épocas oscuras de nuestra historia” (Trujillo, 2012: 231).*

**I.- Primera alternativa: la perspectiva *clásica*** que concentró la atención en los aspectos de carácter dramático o literario como en el lógico y ontológico que encierra el *Principio de Identidad* y que fuera explicitado en la Grecia clásica tanto por Sófocles (495 a, C – 406 a. C.) como por Aristóteles (384 a. C. – 322 a. C.).

**Sófocles,** presentó con *Edipo Rey* una de las tragedias por las que pasan los humanos de todos los tiempos, en lo que respecta al problema de la identidad, tanto a nivel de las personas cuanto de los pueblos. Esa obra representó en el pasado las dificultades que conlleva la tarea de construir la propia identidad y la de su entorno. Sin desconocer que la obra de Sófocles no es reducible a una sola problemática, que ella ilumina la comprensión de la edad de oro de Atenas, en tiempos de Pericles; la riquísima mitología y filosofía en cuanto a la complejidad de los seres humanos; el análisis de la naturaleza humana, que sirvió siglos después a Freud para formular su tesis sobre el *complejo de Edipo,…* no hay duda de que la historia de Edipo también apunta clara y magistralmente al problema de la identidad colectiva e individual (Smith Anthony, 1997: 1-ss).

En efecto, Edipo representa a una persona que no desmaya en la búsqueda de sus orígenes, de sus padres, de su pasado; que abocado a situaciones extrañas requiere esclarecer su papel de padre, marido, Rey e incluso héroe. Más aún, cada uno de sus papeles está constituido por múltiples relaciones de tipo familiar, territorial, étnicas y sexuales; cada uno de los roles que le tocó desempeñar se vio obligado a modificar y cambiarlos e incluso a algunos abandonarlos. Además, la revelación de su origen le hizo patente que pertenecía a otro mundo, lo que trastocó y destruyó todas las concepciones que se había formado anteriormente sobre sí mismo.

Este drama y tragedia también puso de manifiesto que la identidad personal o individual no era ajena ni a la identidad colectiva ni a los procesos de inclusión y exclusión que ella implica, ya que los papeles que representaba Edipo eran familiares y ciudadanos y, a su vez, se cumplían en medio de una comunidad percibida como propia en unas ocasiones y como ajena en otras. El lacerante drama individual y colectivo por el que atravesó la identidad de Edipo, en situaciones extraordinarias, develó que el descubrimiento y la construcción de la propia identidad, en aquellos tiempos e incluso en nuestros días son por demás complejos e imprescindibles y ocupan lugar central en la vida de las colectividades, de los Estados y de las personas, en medio de la inclusión como de la exclusión de nuevas fuerzas y actores. [[8]](#footnote-4)

*Cuando haya dicho lo que a decir vine, me iré, sin que tu seño me amedrante: –¿en qué me puedes perder tú? Te digo que el hombre en cuya búsqueda tanto tiempo has gastado, tal furia de amenazas, encuestas pregonando por la sangre de Layo, vive aquí, aquí con nombre de extraño y huésped; mas Tebano puro luego mostrará ser – ¡ay¡ cuán poco de su nueva fortuna ha de alegrarse¡– Antes veía, marcharse ciego; era opulento, marchará mendigo a regiones extrañas, tanteando la tierra con un palo… Y la torpeza de su ser saldrá a luz: hermano y padre de hijos con quienes vive; hijo y esposo de la mujer de quien nació; consorte a la par con su padre y parricida… (…) Yo estoy firme en dar con mi linaje, por más bajo que venga a resultar. (…) ¡Yo no reniego de esta ascendencia mía, ni renuncio a rasgar (ignorar) el secreto de mi cuna!* (Espinosa Pólit Aurelio, 1935: 55 y 56 - 103)*.*

Medio siglo después, **Aristóteles** mostrará que el ***Principio de Identidad*** –inclusión– junto al ***Principio de no contradicción*** y al ***Principio del tercero excluido*** –exclusión– constituyen las bases de la lógica clásica de tanta vigencia desde tiempo de los griegos hasta la época moderna, al declarar que un ente es igual a sí mismo. Bajo esta mirada o premisa, predominantemente lógica y ontológica, el principio de identidad estableció que toda proposición idéntica o analítica; es decir: toda proposición en que la noción del predicado esté contenida en el sujeto sea verdadera y su contradictoria falsa. En latín *identitas* se refiere a la relación de coincidencia de un ser consigo mismo. Su sentido primordial es hondamente ontológico y metafísico: –todo ente es igual a sí mismo– equivalente a *“lo que es, es”* (Rubianes Eduardo, 1968: 92). Desde el punto de vista lógico, toda proposición es igual a sí misma: p. ej., en la proposición: ‘A es A’ (A=A) o *“El triángulo equilátero es un triángulo"* (p=p). En la lógica proposicional o lógica de la no contradicción –si p, entonces p–, el un término o sujeto es idéntico consigo mismo y contrario o diferente a cualquier otro término. Son proposiciones necesariamente verdaderas, puesto que negarlas supone caer en contradicción. Así el principio de identidad unido al de no contradicción permite juzgar como falso lo que encierra contradicción –Identidad formal o conceptual–. Cabe anotar que en la vida cotidiana a cada instante utilizamos el principio de identidad, que la reflexión y la información y comunicación cuotidiana presuponen el principio de identidad, sin desconocer que para algunos esto no sea más que una tautología, mera costumbre o hábito intelectual. Sobre la lógica de inclusión Aristóteles dejó una obra imperecedera en *El Organon* –Tratados de Lógica–; sobre la lógica de exclusión, en *La Política,* Libro primero, acápite segundo, *en que* no faltan las referencias a la esclavitud que por “naturaleza” consagraba la superioridad de unos frente a otros.

Para mayor aclaración, la delimitación tanto de la identidad de las personas o de realidades más compleja como acontece con los cuerpos sociales: Estado, nación, movimientos sociales o de trabajadores o empleados... es necesario referirse a la doble dimensión que ella encierra: por una parte la identidad de algo que incluye determinados rasgos o elementos y al mismo tiempo excluye a otros.

Para una mejor comprensión del proceso de <<**inclusión**>> y <<**exclusión**>> que presupone la identidad se recurrirá a la clásica separación entre contenido y forma que el conocimiento espontáneo o natural usa a diario y de modo proficuo. En la vida cotidiana somos proclives a abordar la realidad como si esta estuviese conformada por innumerables tipos de entes, cada uno con su respectiva forma y contenido. Está tan enraizada en nuestras percepción del mundo este enfoque dualista, que cuesta prescindir de la tendencia a clasificar u organizar a los entes sea por su contenido o por su forma. El contenido y la forma están colocados al inicio de todo tipo de procesos, cuando clasificamos algo, cuando generalizamos o damos ejemplos, comparamos, formulamos hipótesis o intentamos esclarecer problemas o proyectos de la más diversas naturaleza. Lo que estamos tratando de resaltar es que en los procesos para abordar la realidad, la aparición simultánea de formas y contenidos o de espacio y tiempo –Kant– nos asalta en cada esquina, sin tales esquemas la realidad se mostraría ingobernable, enteramente caótica. Ahora bien, la asignación de determinada forma o contenido a algo supone que previamente se ha otorgado a dicho ente los rasgos, cualidades y límites que configuran su entorno o forma, y que, a su vez, con dichos límites marcamos la línea de frontera con otro contenido o forma. Una vez que circunscribimos el objeto (A) queda igualmente marcado otro campo: el (B), correspondiente a la exterioridad de (A) y viceversa. De este modo se alimenta y se refuerza tanto el proceso de asignación de forma/contenido, tiempo y espacio a los objetos como el de identificación de los mismos a través de los procesos de inclusión y exclusión que permea a todos los componentes de la realidad entera (Rojas Carlos, 2018).

**II.- Segunda alternativa: la Edad Media**, tiempos en que la pregunta por la identidad sea de las personas o de los pueblos desplazó el interés del campo lógico y del ontológico hacia el plano religioso, que ejerció de punto de convergencia hacia el que debían confluir e integrarse todos los componentes de la realidad. La unidad del trono y del altar, de la tierra con el cielo, de la trascendencia con la inmanencia, por largo tiempo concitó el más amplio respaldo, dadas su base de carácter esencialista y religioso. Las civilizaciones arcaicas o antiguas al igual que el Estado y la sociedad medieval-colonial o confesional convergieron en una fuerza de unificación de sus diversos componentes que las mantuvo vigorosas por siglos: la reflexión cristiana ‘recogió’ –Aufhebung– en el sentido hegeliano del término, y profundizó aún más el planteamiento griego. Los escolásticos insistieron en la existencia de una verdad absoluta, fuente de toda verdad: ‘la verdad’ personalizada en Dios. Para Tomás de Aquino, la ‘essentia’ es la estructura interna de la existencia y concebida de esta manera, ella solo puede llegar a ser real por medio de un principio de implantación, que a su criterio, en último término, era ‘exterior, dado su origen divino. La diferencia entre esencia y existencia como indicativa de una característica de los seres mismos, alude, en esta forma, al carácter contingente de los mismos y al consiguiente requerimiento de la trascendencia para poder superar su contingencia o la ‘mala’ facticidad.

¿En qué radicaba el vigor de tan poderoso discurso o categoría conceptual centrada en la dicotomía: esencia – apariencia? ¿Cuál era su secreto encanto? ¿Qué ventajas y desventajas encierra? ¿Qué crueldades desencadenó? ¿Por qué los mortales no logran escapar de sus hechizos y continuamente caen en su seducción? ¿Porqué, reiteradamente, establecemos una clara separación entre el mundo de las apariencias y el del Ser verdadero, objeto este último de nuestros afanes de conocimiento cierto, auténtico y seguro respecto de la multiplicidad siempre engañosa y cambiante con que solemos ver revestida a la realidad? ¿Por qué nos ha fascinado lo fundamentado y que responde a “ideales”, “principios" y “valores” inmutables, trascendentes frente a lo múltiple y diverso asumido como aparente, pasajero o superficial? En otros términos, el juego entre esencia y apariencia conlleva el supuesto tácito de una concepción de la realidad, en la que los parámetros de superior-inferior, orden-caos, absoluto-relativo, movimiento-estabilidad,... implican la promesa anticipada de victoria de uno de los polos sobre lo asumido como inferior, caótico y relativo.[[9]](#endnote-5)

La fuerza avasalladora de este poderoso modelo conceptual; la carga seductora de monismos y dualismos y al mismo tiempo su dinámica, radicaría tanto en el vigor que encierra en sí mismo todo género de simplificación de la realidad como en el afán de certezas absolutas que hace que todo aquello que no se sustenta sobre algo sea relegado al dominio de lo “meramente empírico” y pasajero.[[10]](#endnote-6) Nuestro conocimiento de los hechos, en general, es solo probable; en raras ocasiones alcanzamos verdades absolutas, pero nuestro anhelo, especialmente en el mundo medieval y en el moderno, es alcanzar conocimientos infalibles en todo y por eso no satisfacían argumentos basados en la probabilidad, pese a que son bastante persuasivos aunque no sean concluyentes. Ante un mundo provisional, inseguro, en movimiento se prefirió una realidad sólida, unitaria, estable y “autorizada”.

Al establecerse, por una lado, la metafísica/ontología de la esencia y la apariencia y en correlación con ella, el mundo del conocimiento verdadero, de la verdad absoluta, la unidad, la autenticidad, la identidad y permanencia –perfección–; y, por otro, el campo del error, la diversidad, multiplicidad y contingencia –apariencia–, uno de los dos polos quedó llamado a representar para el otro su referente último o absoluto, a dar o a recibir del otro su sentido y valor. Identidad sin diferencias.

Por otra parte, el juego entre esencia y apariencia, en sus diversas formas de manifestación, condujo a buscar el polo “mejor”, más sabio, perfecto, estable o superior, aspiración un tanto engañosa pues nos alejaba de la realidad y nos traslada a un mundo “ideal” que minusvaloraba a este “valle de lágrimas”. Además, bajo un enfoque hacia lo “perfecto” se terminó “olvidando” los retos de este mundo. Una tendencia inmanente de progreso, en determinada dirección, estaría latiendo en el interior de este tipo de lógica de análisis y enfrentamiento con la realidad. En más de una ocasión, la dinámica del polo vencedor: monismo, condujo a desencadenar masacres y guerras para aniquilar al otro polo e imponer su vigencia absoluta. Tal cual acontece hoy en algunas regiones del globo.

Esta dinámica cambió a partir de La Reforma, 1517, en que se desató una ruptura no solo con Roma sino al interior de toda Europa cuando Lutero cuestionó al Papado con sus 95 tesis contra las indulgencias, depositadas o clavadas en la puerta de la catedral de Wittenberg, porque la Iglesia romana ofrecía o vendía, a su criterio, bienes espirituales a cambio de dinero. Dos años después las guerras campesinas tomaron cuerpo y la Reforma se tornó imparable. Unas monarquías se orientaron hacia la Iglesia romana; otras, especialmente al norte de Europa se colocaron en contra y algunas buscaron un camino diferente. Éstos fueron los llamados cristianos reformados, que luego por su protesta en una de las dietas fueron llamados protestantes; aquellos que habían protestado el veredicto del Papado y los impuestos –diríamos hoy en día– que se había inventado, para cubrir la edificación de la nueva e inmensa basílica de San Pedro.

Un segundo e importante antecedente de la modernidad fue la firma, 1648, de la Paz de Westfalia, que puso término a más de un siglo, 120 años, de guerras por disidencias religiosas. La fase final de las guerras de religiones fue la más dura, duró alrededor de treinta años. Finalmente triunfó la paz y la idea de la tolerancia religiosa, de que las religiones se tienen que tolerar ellas entre sí, no alterar la paz civil y que el Estado cuidaría de que unas y otras no se ataquen y destrocen. [[11]](#endnote-7)

Así se inició el descenso en la credibilidad en un mundo de esencias y apariencias, de verdad y error, substrato común a que aludía la problemática de la identidad y de la ontología en la Edad Media, que supo integrar a todos los entes y al Ser, a todos los constitutivos de la realidad y a todas las relaciones correspondientes a ellos con una base fundamental, de modo que solo a partir de ella se pueda desarrollar la comprensión de los entes y del Ser.

Por supuesto, el sólido edificio medieval también se vio afectado por rupturas que resquebrajaron tanto al cosmos, como al espacio y al idioma dominante, por citar tres macro cambios que resultaron profundos y decisivos. Con el surgimiento de la Ciencia Moderna la tierra dejo de estar en el centro del universo –Copérnico, Galileo…-; con el surgimiento de América, los límites últimos en que acababa el mundo, bautizado por los romanos con el nombre en latín de *Finis Terrae*, fin de la Tierra, perdió sentido, y el latín con que las lites intelectuales y religiosas se comunicaban con el pueblo también tuvo que ceder el sitio al emergente movimiento de rescate de las lenguas nativas.

Todos estos y otros macro procesos, unidos al fraccionamiento de la Iglesia en varias confesiones, generaron el agotamiento de las fórmulas religiosas en gran parte de Europa y la separación de la Iglesia del Estado que condujeron a la pérdida de una centenaria hegemonía y a la secularización creciente de la sociedad en los más diversos ámbitos. Con la conformación de un mundo desacralizado, bajo nuevas fórmulas de legitimación y humanismo la problemática de la (I/I) se enrumbó por nuevos andariveles y al paulatino paso de un orden trascendente a un orden inmanente, generado por los hombres.

**I.- Tercera alternativa: la cosmovisión moderna,** tiempos en queuna vez debilitados los lazos ancestrales y medievales de vinculación natural o espontánea entre las personas, al igual que los lazos procedentes tanto de la tradición helénico-romana como de la judeo-cristiana que produjeron concepciones sólidas y claras sobre la identidad, se dio paso a un nuevo desplazamiento o reformulación, proyecto éste orientado a trasladar a la ciencia y a la conquista de la naturaleza el criterio último de verdad. En el discurso científico la verdad religiosa deja de ser la verdad admitida por todos. Se creyó que la razón científica y la expansión de Europa eran las mediaciones más acertadas para la resolución de un trascendental reto: la conquista de la libertad en el plano subjetivo –*fuero interno–* y la conquista del mundo: América que se acababa de descubrir, plano objetivo –*fuero externo*–, dimensiones ambas eminentemente antropocéntricas e irrenunciables como lo resaltó el Renacimiento, el movimiento ilustrado y las propuestas que modeló años después el racionalismo espiritualista, conocido también como idealismo o las fórmulas positivistas o cientificistas, al igual que los programas y proyectos políticos de los más diversos signos que a lo largo de los siglos XVIII y XIX concurrieron a delimitar lo que era la identidad necesaria para superar una sociedad visualizada como escindida, desunida y en crisis en cada uno de sus niveles y componentes.

Una nueva lógica, la de las ciencias, la del humanismo y la de acumulación de capital –‘Razón’ científica e instrumental– se convirtieron en la argamasa de unidad e integración que penetró en todos los ámbitos de la realidad. Los vínculos anteriores de carácter “natural”, al igual que la orientación teocéntrica o religiosa resultaron poco idóneos para el propósito de conformar una comunidad de carácter antropocéntrico, de conquista del mundo; y, a su vez, laica o moderna.

Mas si el mundo moderno, en paulatina construcción desde el s. XVI, debilitó y desarticuló a los lazos de integración e identidad del mundo antiguo, no logró, al menos en su primera fase, estatuir un poder lo suficientemente hegemónico como para reunir bajo su sombra a todos los dispersos elementos que quedaron sueltos, escindidos y en enfrentamiento, ya sea a nivel de las relaciones del individuo con la naturaleza a conquistar o del individuo frente a la sociedad a construir y hasta del individuo en relación con su mundo interior a cuidar y cultivar. Se estableció en la sociedad moderna más bien un sistema de oposiciones y escisiones en que cada uno es uno y percibe al resto como otro, como el bien o el mal, la luz o las tinieblas, lo sensible o lo inteligible, el ser y el no ser, polos extremos irreductibles que además coadyuvaron a que predomine la orientación hacia la confrontación, el individualismo y hasta el subjetivismo.

Este carácter antitético y bipolar que marcó al mundo moderno en forma indeleble, se manifiesta en la oposición y enfrentamiento vividos, en ocasiones en forma dramática en Europa y en América Latina, por ejemplo, entre la ‘nación’ y el Estado’ entre la ‘democracia’ y la ‘dictadura-autoritarismo’, entre el ‘capitalismo’ y el ‘semi-feudalismo’, entre el ‘campo’ y la ‘ciudad’, entre la producción ‘artesanal’ y la ‘industrial’, entre la sociedad ‘moderna’ y la sociedad ‘tradicional’, entre ‘minorías’ y ‘mayorías’ que concentraban la riqueza y la ilustración frente a un ‘pueblo’ en pobreza y analfabetismo generalizado… realidades todas y cada una de ellas que no constituían contradicciones en el sentido lógico, cuanto lacerantes experiencias antagónicas a resolver en la realidad.[[12]](#endnote-8)

Con otras palabras, el telón de fondo constituyó una lógica que percibía el mundo en blanco y negro, con partes separadas e incluso en enfrentamiento. La identidad/integración moderna “olvidó” las diferencias y la multiplicidad. Ni la dialéctica –en el triple sentido con que es asumida ella a partir de Hegel: como *tesis* que afirma una realidad vigente, a la cual se opone su contraria o negación que hace de *antítesis,* para finalmente a partir de su interrelación, de los límites y aportes de ambos polos alcanzar una *síntesis*– logró construir una unidad e identidad que solo incluya y no excluya, que no sea un término medio o ecléctico en el que se entremezclan las diferencias y las diversidades encerradas en la tesis y en la antítesis. Tampoco el historicismo, en cuanto síntesis en el campo de la historia, logró resolver los conflictos que se daban en la vida real. No se alcanzó a construir la síntesis que permita colocarse por encima de lo empírico o pedestre sin caer en lo especulativo y concretar al mismo tiempo los principios e ideales en este mundo, es decir: en el terreno de la historia, de que hablara Hegel en su *Introducción a la Filosofía del Derecho* y que trató de mostrar cómo se cumplían en su *Filosofía de la Historia.* La visión de la historia como la marcha progresiva de la humanidad hacia un norte común no se cumplió y la tierra prometida continuó tanto o más lejos que antes. En pocas palabras, no se logró que tomen cuerpo los procesos de objetivación y subjetivación de la historia, incluidos aquellos que provienen de la pérdida de la subjetividad por efecto de la alienación generada por situaciones económicas, sociales o políticas y hasta culturales que operan en determinado momento en desmedro de los pueblos. En definitiva no habría mero historicismo sino ‘historicidad’, asumida esta dimensión humana, conscientemente (Agoglia Rodolfo 1980: 17-18).

Últimamente han arreciado las críticas a la modernidad. El individualismo y el consumismo moderno habrían establecido parámetros de homogenización no solo del mercado y las finanzas sino también del derecho liberal, de la filosofía, de las artes, las letras, las ciencias… Más aún, la conformación de las personas como ciudadanos, en goce de derechos y responsabilidades y ya no como súbditos, a partir de la Revolución Francesa habría conducido a una ‘*identidad sin diferencias*’ que hizo de camisa de fuerza a la que debían someterse todo tipo de lazos y peculiaridades que inciden en la conformación de la identidad de las personas como de los pueblos. (De Souza Thaisa, 2017).

**A mediados de la época moderna**, en América Latina se pasó a tomar en cuenta más bien las condiciones sociales y políticas como insoslayables en la construcción de la identidad individual y comunitaria. Fueron las demandas populares por mayor justicia y servicios, el reclamo por el respecto y la vigencia de los derechos humanos lo que conformó un horizonte de referentes, principios e ideologías que contrastaba con los sistemas e instituciones modernas, en la realidad profundamente inequitativos. [[13]](#endnote-9) En este segundo momento, al resaltarse las ‘diferencias’, los procesos y formas de exclusión que no se habían aún logrado superar ni habían permitido transformar las condiciones materiales y culturales vigentes, se reveló que el principio de identidad moderno, su orientación lógica y al igual que las mediaciones anteriores de índole ancestral y religiosa como también el predominio de la lógica capitalista y de la razón instrumental, habían desembocado en una <<integración indiferenciada>>, ciega tanto a las condiciones materiales requeridas para su realización como a las diferencias y “olvidos” que se descubrían cada vez más al interior de sus postulados.

Con todo lo cual, para finales del s. XX, al menos tres columnas del edificio moderno se desplomaron. Quedaron cuestionadas no solo la ciencia e industrias modernas que por siglos habían sido minuciosamente trabajadas sino también la razón instrumental, el sujeto y la historia que habían contribuido a levantar dicho edificio. Apareció entonces una nueva cultura y una nueva forma de entender y exigir el cambio de la realidad total, como insoslayable perspectiva para la superación de las barreras que frenaban la marcha identitaria, la administración eficaz de los recursos y la producción y el establecimiento de relaciones humanas entre las personas y los pueblos; en pocas palabras, para construir el bienestar integral de las familias y las comunidades: neo humanismo (Marcuse Herbert, 1970: 89-90). Esta visión también se enriqueció al integrar tanto al carácter histórico de los procesos identitarios cuanto a los anti-valores y más realidades a las que generalmente asignamos un signo negativo y que se suele separar del ámbito de la cultura, como son los procesos de exclusión, dominación o minusvaloración; al igual que el crimen, el fanatismo, el terrorismo, la guerra, la explotación, dominación y exclusión de determinados actores. Los discursos sobre la identidad apuntarían a responder acerca de lo que hemos sido en el pasado, lo que somos en el presente y lo que queremos llegar a ser en el futuro bajo una nueva lógica que se separaba tanto de la lógica aristotélica tomista como de la moderna, predominantemente esta última hegeliana y marxista.

También, en la segunda mitad del s. XX, comenzó a desplegarse la tesis de que hay un pasaje diferente, ya no dicotómico o bipolar como en la visión clásica del principio de identidad, desde la primera (A) a la segunda (A), en la proposición: ‘A = A’. Por ejemplo, en el ámbito de la lógica se hicieron sentir los vientos de renovación con el surgimiento de la lógica simbólica o matemática, la modal, la computacional y hasta la meta lógica, que rebasaron las fronteras de la lógica formal, conocida como lógica clásica o aristotélica. Igual sucedió con la física moderna o newtoniana de cara a la física cuántica o de la relatividad signadas por la indeterminación e incertidumbre: Einstein, Heisenberg, Bohr… establecieron nuevos parámetros que alteraron las concepciones y categorías dominantes desde épocas remotas en cuanto al espacio y el tiempo (MacLuhan Eric y Zingrone Frank Compiladores, 1998:133-182).

Sobre este carácter unívoco de la identidad moderna, sobre la vinculación de la misma exclusivamente con los procesos de inclusión y de conceptualización, previno, por ejemplo, (Adorno Theodor W, 1991: 73-102) al plantear como necesario *la búsqueda de la identidad en la no identidad, al rescatar las diferencias por ser parte de la totalidad, al valorar la crítica* como motores y principios de una nueva identidad*.* En la reflexión de Adorno, en la proposición: ‘A = A’, la segunda A está afuera de la primera, habría pues también algo diverso que no es A, lo que ha desplegado en forma minuciosa la diferencia entre una y otra concepción de la identidad.

En sus palabras: *La deconstrucción en pequeños elementos carentes de toda intención se cuenta según esto entre los presupuestos fundamentales de la interpretación filosófica; el viraje hacia la <escoria del mundo> de los fenómenos (…) tiene validez. (…) Pues el espíritu no es capaz de producir o captar la totalidad de lo real; pero sí de irrumpir en lo pequeño, de hacer saltar en lo pequeño las medidas de lo meramente existente* (Ídem. pp. 91 y 102).

En similar perspectiva, prestó atención a la problemática de la identidad y la diferencia en la etapa contemporánea (Heidegger Martin, 1990: 25-ss), quien desarrolla la tesis de que la fórmula de identidad: ‘A es A’, (A = A), con la cual se acostumbra representar la proposición de la identidad, refleja una identidad abstracta, una tautología, ya que al expresar A ‘es’A, la identidad es asumida como un rasgo fundamental del ser de los entes que nos rodean e interrogan por todas partes. Donde, nuestra existencia se encontraría por todas partes, “*ya sea juzgando, ya sea totalmente oprimida, ya sea atormentada, ya sea animada, provocada a dedicarse a planear y calcular tod*o”, dispositivo este que constituiría la esencia del mundo técnico moderno. Ahora bien, ha necesitado el pensamiento más de dos mil años, a criterio de Heidegger, para concebir un nuevo tipo de relación que supere, que de un ‘salto’ distinto de aquel por el que se acostumbró a transitar Occidente: el andarivel del calcular, y además para avizorar el futuro como la posibilidad del hombre actual de realizar ese descomunal ‘salto’ en cuanto asuma la esencia de la identidad a partir de los dispositivos últimos con que se encadenan y desencadenan en nuestro alrededor los sorprendentes efectos de la ultra ciencia y la meta tecnología, ambas tecnologías ‘inteligentes’ cada vez más presentes. En fin, ha nacido una nueva forma de visualizar, con sus sombras y luces, en el paso de la modernidad hacia la post modernidad.

**V.- Quinta alternativa: etapa contemporánea, s. XXI.** En las llamadas sociedades del “conocimiento” y de la “información”, la concepción de la identidad, una vez más, se reformuló por diversos factores: p. ej. la simbiosis del mundo de la ciencia con el sistema productivo, con la economía y finanzas de carácter global, con las armas e instrumentos atómicos de guerra… que se nutren de los diarios avances de la ultra/ciencia y meta/tecnología, de los instrumentos electrónicos de información y comunicación, de las energías renovables, de sistemas extraordinarios de movilización de las personas y de los bienes, de dispositivos que alteran negativa o favorablemente al ámbito de la alimentación, la salud, la seguridad, las relaciones de trabajo… por un lado; y por otro, de la mundialización de la información y la comunicación, que cuenta con los aportes de la historia de las ideas, la teoría de las ideologías, la teoría de la comunicación, de la producción discursiva y de la hermenéutica que han develado nuevas formas de acceso a la información y comunicación, pero al mismo tiempo nuevos dispositivos de manipulación y sometimiento que hacen sentir sus efectos en ámbitos de la vida cotidiana o política con comportamientos, valoraciones, referentes, que inciden en la constitución de la subjetividad e identidad de las personas y de los pueblos.

Además, se da la paradoja de que en la medida en que las sociedades se acercan al ideal de convertirse en “sociedades opulentas”, ellas cada vez más están sometidas al resquebrajamiento de las bases de su crecimiento y al cuestionamiento de los paradigmas que constituyeron el sustento de su apoteosis. En un mercado colmado de mercancías, bienes y servicios de toda índole, se han tornado las sociedades y sus instituciones de educación y cultura en conservadoras y de “adaptación” no solo de parte de sus minorías o élites sino también de las grandes mayorías de la población, Se diluye entonces cualquier intento de cambio del establishment que se proponga superar la dependencia y sometimiento de las personas o de la comunidad respecto a la dinamia de dichas sociedades del mercado. Más aún,

los medios de comunicación e información inteligentes o de meta tecnología no trasmiten solo un mensaje que se deposita en las manos o en la cabeza de las personas para el uso que a bien tengan ellos darles; los actuales medios electrónicos han alcanzado una capacidad inusitada o excepcional para transformar a sus usuarios, para moldear a las personas en las interrelaciones que se tejen entre las mismas y hasta para cambiar a las instituciones y a las sociedades. No se ha asistido desde tiempos del descubrimiento de la imprenta, *galaxia* *Gutenberg* a decir de (McLuhan Herbert, 1998: 127), a mutación más profunda en cuanto a los instrumentos y mediaciones con los cuales nos acercamos al dominio de la totalidad de lo real.

Sin embargo, en esta arrolladora marcha e imposición tanto de un mercado, una economía y unas finanzas de carácter global como de mundialización de la información y comunicación, a la vez parecería que caminamos sin otra meta o destino más que el de acumulación de capital; que la nave ha perdido el rumbo y ante las tormentas, tempestades y rayos que le sacuden corre el riego de no alcanzar a llegar a puerto seguro, a la tierra prometida. A diario recibimos mensajes alarmantes, teñidos de catástrofe, pesimismo y desconfianza sobre la hora presente; cada vez más cobran fuerza los presagios y anuncios de una conflagración mundial, sea por el deterioro del medio ambiente: calentamiento global, efecto invernadero, cambio climático, destrucción de la naturaleza y de las especies; sea por el enfrentamiento entre los nuevos polos de la geopolítica mundial: Rusia; China; EE-UU; los Tigres Asiáticos: Corea del Sur, Hong Kong, Singapur y Taiwán, 1960-1990, a los cuales se suele añadir los “tigres menores”: Malasia, Indonesia, Tailandia; la Comunidad Europea que aglutina ya 28 países: Alemania, Francia, Italia, España, Bulgaria, Finlandia, Suecia… que aún no logran superar la geo política de carácter bipolar que condujo luego de la segunda guerra mundial al enfrentamiento por décadas entre Estados Unidos y la Unión Soviética por la hegemonía política, económica y militar; sea por el crecimiento de un arsenal bélico que ha hecho se disponga de la energía atómica suficiente para desatar una hecatombe total; sea por la reiteradas crisis económicas, financieras y políticas que se suscitan semanalmente en todos los continentes.

En fin, en este escenario tanto o más escindido y desquiciado que el de la modernidad misma y tal vez como reacción de defensa ante una economía y finanzas globales que estandariza, homogeniza y arrolla en su marcha triunfal a todos los continentes, no ha dejado de ganar fuerza, ¡quién los creyera!, la presencia de un mundo pluricultural y pluriétnico, Hoy, en el complejo tablero o escenario de la geo política contemporánea se abre la posibilidad de aprender a convivir, negociar y desarrollar los propios intereses sin menoscabo de los intereses de otras regiones y sin la imposición de las fuerzas que por décadas atizaron la Guerra Fría.

Para el efecto será indispensable avanzar en el reconocimiento, solidaridad y construcción de una identidad plural, <<identidad e identidades emergentes>>, a partir de una base que se levanta con el despliegue de cuatro columnas o exigencias: reconocer y garantizar los ‘*derechos individuales’*: inviolabilidad de la vida, integridad personal, libre pensamiento, respeto a la honra; reconocer y garantizar los *‘derechos sociales’* a la educación, al trabajo, a la salud, a la propiedad; reconocer y garantizar los ‘*derechos comunitarios’* a la organización de sindicatos, asociaciones, colegios profesionales, barrios y comunidades, y responder a los *‘derechos culturales’* a vivir en un ambiente sano, en un medio intercultural y multiétnico…[[14]](#endnote-10) Ha quedado de este modo superado el programa de construcción de la identidad moderna, *identidad sin diferencias* que dominó en el mundo moderno e impuso un “discurso único”.

**En conclusión**

En el nuevo escenario contemporáneo: desquiciado o pulverizado, las fórmulas emergentes para la construcción de la (I/I) de las personas, de las comunidades y Estados han dejado de construirse exclusivamente bajo los parámetros que imperaron en el mundo ancestral, colonial y hasta en el moderno. Se han tornado insuficientes las recetas recomendadas a inicios de la República, en las décadas del dominio liberal-conservador s. XIX, en la etapa positivista o socialista/comunista en que se recurrió a los proyectos sociales y políticos que se propusieron en el s. XX desde la vertiente indigenista, liberal, socialista o neo nacionalista… para unir a la sociedad y construir la identidad única o sin diferencias que se requería a criterio de ese tipo de fórmulas identitarias.

¿Será posible en un futuro inmediato abandonar esa lógica y la ontología moderna? ¿Podremos corregir y hasta cambiar los lentes con que nos hemos acostumbrado a enfrentar la realidad en Occidente? ¿Qué parámetros definirán a las sociedades posmodernas? ¿Se trata de superar unos fundamentos para pasar a otros similares o diferentes? ¿El reclamo o la exigencia por nuevos fundamentos es un hecho pasajero o nos acompañará todavía por un buen tiempo?

Por supuesto, en las primeras décadas del nuevo milenio no han faltado fórmulas y alternativas que han intentado romper el círculo trágico y de hierro de la ontología e identidad Occidental, alternativas que prestan mayor atención a nuestros dilemas y limitaciones, a aquellos que desde el pasado sobreviven con fuerza en el presente como aquellos que en el presente y en el futuro inmediato no dejarán de atormentarnos. Procesos como la migración, la identidad de los jóvenes, la lucha por los derechos humanos, la superación del desempleo y el subempleo y el diálogo entre nuestras etnias y comunidades,…abren nuevas posibilidades de integración entre nosotros y entre los países latinoamericanos. Sea suficiente recordar el actual intercambio comercial entre Ecuador y Colombia que crece a porcentajes sorprendentes, las nuevas vías carrozables que unen a estos dos países, el diálogo entre las universidades de frontera, etc.

Para algunos, construir una nueva plataforma ontológica/identitaria, no una mera reformulación de lo mismo sino una ruptura con la tradición grecolatina y la perspectiva cultural Occidental, ambas conformadas por parámetros de corte canónico o dogmático –discurso único–, no solo supondrá un proceso minucioso de desarme de elementos fundamentales con que nos hemos acercado a la realidad desde tiempos ancestrales, por una lado; sino también, por otro lado, de reconocimiento y expresión de perspectivas y realidades en estado emergente, de formulación incluso de nuevas palabras o términos ellos sí capaces de reflejar las ontologías e identidades de los otros, de las voces excluidas desde antaño, camino éste de <<doble vínculo>>. En pocas palabras, aún resulta extraordinariamente difícil encontrar los términos correspondientes a este nuevo Continente, recién descubierto pero aún inexplorado, ya que el discurso de Occidente se ha tornado carne de nuestra carne y nos ha acostumbrado a permanecer encadenados y al mismo tiempo seducidos por el amplio bagaje de bienes e interpretaciones que hemos introyectado y que Occidente renueva en sus escaparates cada semana. No hemos sido aún capaces ni de descubrir ni de entender nada, porque se insiste en imponer una “sociedad y cultura única” y todo aquello que es propio de dicha cultura global. Sin embargo, existe un mirlo blanco, una identidad e identidades diferentes que nos esperan con los brazos abiertos. Además, *La hora más obscura es la más próxima a la aurora.* [[15]](#endnote-11)

Parafraseando a León Portilla, la Identidad de identidades con diferencias, es nuestra historia –negada tantas veces–, el espejo mágico que nos muestra quiénes somos y de qué hemos sido capaces y, por ende, qué atributos tenemos para enfrentar el pasado, el presente y avizorar el futuro. Descubrir sus secretos encantos, sus nuevas fórmulas de comunidad, reconocimiento del otro, solidaridad, temporalidad y dominio del espacio es lo clave o fundamental y más en filosofía.

En fin, en la actualidad emerge una diferente forma de entender y relacionar el tiempo y el espacio, lo trascedente y lo inmanente, el cuerpo y el espíritu, lo sagrado y lo profano, lo único y lo múltiple, la vida personal y la comunitaria, lo contingente y lo esencial, lo relativo y lo absoluto… Con pocas palabras, un inédito reconocimiento y comprensión del ser y de los entes, gracias a la crítica y a la transformación de las categorías occidentales a la luz de los hallazgos de las culturas no occidentales, como por ejemplo: las amerindias, que ha dado pie a la generación de una inédita forma de reconocer y comprender las bases de una ‘identidad y ontología de los otros’, una (I/I) con diferencias.

1. Bibliografía referencial

   Ludwig Wittgenstein, *Conferencia sobre ética*, Barcelona, Ed. Paidós, 1989: 92-93. [↑](#endnote-ref-1)
2. Son numerosos los autores que han prestado atención explícita a la identidad latinoamericana. Como muestra baste un botón. Véase Villoro, Luis: “Sobre la identidad de los pueblos”, en la obra en Homenaje a Zea, Leopoldo: *América Latina Historia y Destino*, Vol. I, México, UNAM, 1992. pp. 395. El maestro Zea, destacada figura de la filosofía mexicana y latinoamericana ha desarrollado una vasta producción sobre la identidad de nuestros pueblos. En la obra en mención (Vol. I y II) se presentan algunos trabajos al respecto de connotados pensadores latinoamericanos. De igual modo la producción de Arturo Roig sobre la problemática identitaria es abundante. Sea suficiente recordar a *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982. En Ecuador, sobre las nuevas perspectivas de abordaje de la problemática de la identidad, en sus diversos niveles y actualidad, véase el *Estudio Introductorio* de Pachano, Simón, Compilador, *Ciudadanía e identidad,* Quito, Ed. FLACSO, 2003, pp. 13-ss. Sobre la presencia de la problemática de la identidad en el actual desarrollo de la antropología en particular y de las ciencias sociales en general, véase el trabajo de Almeida, José: *Identidades en el Ecuador. Un balance antropológico*, en: Pachano, *Ciudadanía e identidad,* Ob. Cit., pp. 84-ss. Para el s. XIX una obra que examina con especial detenimiento la problemática identitaria-nacional corresponde a: Ayala Mora, Enrique: *Ecuador del s. XIX. Estado Nacional, Ejercito, Iglesia y Municipio.* Quito, Corporación Editora Nacional, 2011. A finales del s. XX abordaron esta temática, entre otros, Tinajero, Fernando: *Teoría de la Cultura Nacional,* Ed. Corporación Editora Nacional, 1986; Chávez, Fernando: *El hombre ecuatoriano y su cultura*, Ed. Banco Central del Ecuador, 1990; Adoum, Jorge Enrique: *Ecuador: señas particulares*, Ed. Eskeletra, 1998; Donoso Pareja, Miguel: *Ecuador: identidad o esquizofrenia*, Ed. Eskeletra, 2000, Valdano, Juan: Identidad *y formas de lo ecuatoriano*, Ed. Eskeletra, 2005. [↑](#footnote-ref-1)
3. Miguel León Portilla, *Testimonios de la Antigua Palabra*, México, Comisión nacional conmemorativa del V Centenario del encuentro de dos mundos. 1988:6-7; Carlos Rojas Reyes, “Ontología Amerindia”, Quito, (Borrador), 2019:5-7 y 75-ss. [↑](#endnote-ref-2)
4. Rodolfo Agoglia, “Filosofía de la historia y filosofía de la cultura: la noción de cultura nacional”, Consejo Provincial de Pichincha, IIIra. Semana Cultural, mayo de 1981, en la revista: *Hechos e Ideas*, “La Idea de Identidad Nacional en América latina, Buenos Aires, Año XXII, Nos. 23/24, 2da. Edc. 1995, pp. 125-159. [↑](#endnote-ref-3)
5. Sobre la <<teoría>> en las ciencias, sus principales exigencias: supuesto de realidad, supuesto de verdad y el supuesto lógico o de argumentación, al igual que las diferencias que hoy en día permiten superar la concepción tradicional de la ciencia que arrastramos desde tiempos de Aristóteles, se recomienda el iluminador trabajo de Ricardo Gómez, *Las teorías científicas: desarrollo – Estructura – Fundamentación*. T. I. Buenos Aires, Ed. El Coloquio, 1977. Del mismo autor puede verse: *Neoliberalismo y seudo ciencia*, Buenos Aires, Lugar Editorial, 1995, Capítulo I, pp. 17-39 [↑](#endnote-ref-4)
6. Hemos recurrido a la fórmula: (I/I) como a un concepto o categoría que permite tejer el sentido de totalidad o universalidad que reclama la realidad identitaria, penetrada por una lógica que toma en cuenta procesos de inclusión y de exclusión que, entre tensiones y enfrentamientos, no han faltado en la tarea de redistribución, igualdad y reconocimiento en medio de las diferencias. Con otros términos, un “discurso único” sobre la identidad debe ser superado por la comprensión de la misma a partir de su diversidad, que esperamos se refleje en la fórmula: Identidad e Identidades (I/I) que utilizaremos en adelante. En las últimas décadas, la problemática de la identidad también estuvo ligada tanto al ascenso del movimiento indígena y a la defensa de las identidades étnicas y del Ecuador, país pluricultural y multiétnico: Constitución de 1998, Art. 1 y Constitución del 2008, Art. 1; como por premisas y paradigmas interculturales, de rechazo de la “unidad indiferenciada” promovida por los sectores dominantes a lo largo de los siglos. XIX y XX, y reconocimiento de movimientos y personas en clara situación de pobreza, inequidad, desempleo y más situaciones afligentes con que nos enfrentamos en el día a día. [↑](#footnote-ref-2)
7. Una primera versión de este trabajo, en el 2009/2010, fue presentada a los maestros municipales dentro de los talleres que anualmente organizaba el Proyecto Quitológico. Posteriormente en el 2018 se ha desarrollado estas problemática con mayor acuciosidad en el libro: ***¿Cómo reconocer a Quito-Ecuador? (Introducción a los discursos sobre su identidad e identidades****),* a editar por la Casa de la Cultura Ecuatoriana. [↑](#footnote-ref-3)
8. ## En Ecuador, el primer rector de la Universidad Católica, Aurelio Espinosa Pólit, tradujo las Tragedias de Sófocles, Ver. *Edipo Rey* en verso castellano, Quito, Publicaciones de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, 1959.

   [↑](#footnote-ref-4)
9. Deleuze, Gilles, *Lógica del sentido* (Cuarta serie, de las dualidades), Buenos Aires, Paidós, 2011: 52-ss. [↑](#endnote-ref-5)
10. Cfr. Morris Cohen, Introducción a la lógica, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, P. 122. [↑](#endnote-ref-6)
11. Amelia Valcárcel Bernardo de Quirós, “La nueva cultura política desde una perspectiva de género, 26 de octubre 2019”, disponible en: <https://valcarcelamelia.files.wordpress.com/2015/07/nueva-cultura-politica.pdf> [↑](#endnote-ref-7)
12. Para el caso Europeo (Agoglia Rodolfo, 1979: 13-ss) a estas aporías las concentró en las siguientes oposiciones: ‘trabajo reflexivo’ -- ‘actividad manual’, ‘objetividad’-‘subjetividad’, ‘necesidad’-‘libertad’, ‘razón’ -‘voluntad’, ‘ciencia’ -‘arte’, ‘política’-‘moral’, ‘totalidad-individualidad’, oposiciones e incluso enfrentamientos permanentes que afectaron a las personas y a sus instituciones, y a lo cual intentó responder y superar el pensamiento moderno. [↑](#endnote-ref-8)
13. En el ámbito europeo, a partir: p. ej. de los trabajos de Hegel, Kierkegaard y posteriormente con los aportes de Marx, Freud y de la Escuela de Frankfurt la tradición filosófica occidental profundizó, una vez más, la concepción de la identidad al visibilizar en mejor forma las limitaciones de las propuestas de unidad e identidad del mundo moderno en su primera fase de constitución. [↑](#endnote-ref-9)
14. Tanto la *Constitución del Ecuador de junio de 1998, Título III, capítulos 1-7, Arts:* 16-96como la *Constitución de Montecristi*, 2008, Título II: Derechos, Arts. 10 – 83 y Título III: Garantías Constitucionales, Arts. 84-94) abundaron en esta línea de declaraciones dogmáticas y en el señalamiento de las mediaciones que se hacía necesario generar para la plasmación de tales principios ( (Hurtado Osvaldo, 2001) [↑](#endnote-ref-10)
15. Welte, Bernhard. (1981). Problemas de integración cultural en el momento de confrontación de culturas con desarrollo diferente. En Hûnerman, Peter. (Complilador), *Racionalidad Técnica y Cultura Latinoamericana* (pág. 552). Santiago de Chile: Stipendienwerkes Lateinamerika-Deutschland. [↑](#endnote-ref-11)